

**C**UANDO estas líneas se publiquen, la fase aguda del enfrentamiento de católicos contra comunistas en Italia se habrá disipado con el resultado de las elecciones y, sin duda, comenzarán otras más profundas. Viene de antes, va más allá. La Iglesia vaticana se ha fascinado por estas elecciones y el apoyo a su partido, hasta el punto de que tal vez se haya dejado de lado sus necesidades universales. La polémica —más bien diatriba, porque el PCI ha hablado poco del tema, que no le interesaba agudizar— ha puesto de manifiesto otra vez el viejo y eterno tema de la Iglesia y el comunismo. Y en ese momento ha surgido la "cuestión francesa": Consiste en que el partido comunista, por boca de su secretario general, Marchais, ha reactualizado la vieja doctrina de la "mano tendida" de su lejano antecesor Maurice Thorez. Marchais hace ahora la propuesta de unir cristianos y comunistas para transformar al mundo.



Marchais ha reactualizado la vieja doctrina de la mano tendida a los católicos de Thorez. Para el primer secretario del PCF, en el centro de la fotografía junto al socialista italiano De Martino, "la religión es un reflejo complejo en la conciencia de los hombres de un mundo que los oprime y que busca otro más feliz".

## COMUNISMO Y CATOLICISMO

# La "mano tendida" de Marchais

Retrocedamos cuarenta años. En el seno del catolicismo se había producido ya, desde el principio del siglo XIX, una tendencia a separar a la Iglesia de las estructuras oligárquicas y de los poderes constituidos. Se combatía desde el interior. Mantalebert decía en la Asamblea Francesa: "Entre los treinta o cuarenta mil curas rurales, hay algunos infectados de lo que se llama catolicismo democrático". La "infección" iba a seguir adelante. Nacería la democracia cristiana, nacerían importantes doctrinas sociales, bien directamente de la Iglesia ("Rerum Novarum") o del laicado (El "Sillon", de Marc Sagnier). Pero en los años treinta, el fascismo —con cualquiera de sus nombres— aparecía como problema mortal. Para los católicos serios —por su "paganismo"— como para todas las izquierdas. Para enfrentarse al peligro comunista se buscaron las uniones. El Frente Popular, por una parte: la unidad de acción con los católicos, "la main tendue aux catholiques" en frase de Thorez, por otra.

El Vaticano no lo aceptó. La enciclica "Divini Redemptoris" es de 1937, y en ella se decía que el partido comunista ofrece "una idea de falsa redención", "un pseudo ideal de justicia, igualdad y fraternidad en el trabajo". Un pseudo ideal que "comunica a las masas seducidas por sus falaces promesas un impulso y un entusiasmo contagiosos". Naturalmente falsos, porque el entusiasmo y la esperanza no tienen lugar en este mundo: los fieles deben recordar "que no conseguirá jamás hacer desaparecer de este mundo las miserias, los dolores y las tribulaciones, que a esta ley nadie escapa, ni siquiera aquellos que parecen ser muy felices: lo que todos necesitamos es la paciencia". La idea de esgrimir la paciencia —la resignación— frente al comunismo ha sido algo mitigada en los textos vaticanos —no así en los medios integristas de los distintos países, muy especialmente en España, donde se sigue manteniendo la falta de soluciones para todo el dolor de este mundo— porque no es electoral. Se vota para conseguir el mayor grado posible de bienestar en este mundo. Pero las manifestaciones actuales contra el comunismo no han variado esencialmente en los cuarenta años transcurridos.

Las relaciones directas sí han variado bastante. Cambiaron mucho en los países ocupados por los nazis —sobre todo en Francia, en Italia, en Bélgica—, donde los católicos combatieron al lado de los comunistas en la resistencia, en la clandestinidad: se encontraron en los mismos campos de concentración, en las mismas cárceles. Más tarde, al final de la guerra, se encontraron unidos en acciones sindicales comunes. Nacerían unas organizaciones católicas proclives al entendimiento con los comunistas. En Francia, concretamente, la UCG, Unión de Cristianos de Izquierdas, en cuyo manifiesto se proponía claramente la "unidad de acción con los comunistas". No pasaría de 1951: la disolvió la "guerra fría". Mientras la democracia cristiana se convertía en baluarte anticomunista.

Sin embargo, la interpenetración se ha hecho más frecuente, más permeable. El hecho de que personalidades católicas conocidas hayan figurado en las listas electorales comunistas en Italia ha sido una demostración dolorosa para la Iglesia. La cual es en gran parte responsable de esa permeabilización: con su deseo de influir en el desarrollo del catolicismo en los países del Este ha entablado numerosas negociaciones con los comunistas. Bien directa-

mente, a nivel de Estado (Vaticano), bien permitiendo unos diálogos ideológicos donde se buscaba la difícil piedra filosofal de una doctrina que concordara la que es fundamentalmente atea con la que es fundamentalmente religiosa. Certo que una institución ética, y no política, puede difícilmente concordar dos posiciones contradictorias: un entendimiento con los comunistas para mejorar la situación del catolicismo en los países del Este, una discordia con ellos para evitar su influencia en las del Oeste. Produce confusión en sus filas.

No menos confusión produce la doctrina comunista entre sus antiguos seguidores, tan desconcertados ya por tantas cosas. Marchais va ahora en Francia más lejos de lo que fue Thorez en su tiempo. Su discurso en el Palacio de los Deportes de Lyon no dejará ya de sorprender a los que tienen capacidad de sorpresa. "No podemos considerar la religión como una obra de impostores, ni tampoco reducirla a una credulidad pueril. No consideramos la fe de los cristianos como intrínsecamente perversa y enemiga nata de los movimientos obreros. Nosotros tomamos la religión en serio. Es para nosotros un reflejo complejo en la conciencia de los hombres de un mundo que

los oprime y que busca otro más feliz". Marchais se decía inspirado para estas palabras por otras de Engels. Marchais cantaba el pluralismo de creencias: si en otros tiempos el comunismo fue hostil a ellas "pertenecen a la enfermedad infantil del socialismo, es decir, a una época sobrepasada". Querría un estado laico: "es decir, ni ateo ni cristiano", que asegurase a todos la libertad de creencias, la de formación religiosa, la del culto en público como en privado. En el cual la Iglesia pueda disponer de bienes, de órganos de expresión y de edición, de medios para formar a los ministros del culto...

¿Qué pasaba mientras Marchais pronunciaba estas palabras conciliadoras? Los integristas de la "contrarreforma católica" le interrumpían con banderolas y pancartas en las que se leía "El comunismo es intrínsecamente perverso", gritaban y cantaban himnos religiosos. Los catorce o quince mil comunistas que llenaban el local las escuchaban mansa y resignadamente: era la política de mano tendida. Y a unos metros más allá, después de una Misa por "los mártires de los países marxistas", en la Alcaldía de Lyon se celebraba un mitin con un orador integrista, Pierre Debray, fundador de Los Silenciosos de la Iglesia. La palabra silenciosos es una metáfora sin fundamento: no paran de hablar. Y Debray gritaba: "No necesito escuchar a Marchais para saber lo que está diciendo. Se trata de una baja maniobra electoral para intentar impedir a ciertos cristianos que se dirigen hacia el partido socialista que vayan hacia esa izquierda". El comunismo no ha cambiado desde Lenin, pero Marchais, comprendiendo que la Iglesia católica estaba en plena descomposición "quiere destruirla desde el interior". Poco después, desde el partido socialista que tiene una buena clientela católica progresista, Mitterrand contrarrestaba a Marchais diciendo que el partido socialista francés no es marxista, que por ello no es ateo y que por lo tanto no tiene que reconciliarse con la religión, porque nunca ha estado en contra de ella.

Estamos lejos sin duda de encontrar fórmulas de conciliación total entre catolicismo y comunismo. Tal como se conocen, tal como se han conocido siempre, siguen apareciendo como inconciliables. Pero la verdad es que cada vez son más distintos de como se han conocido. Estos movimientos que desbordan continuamente a sus propios integristas están ya comenzando a producir sus heterodoxias por los extremos intolerantes, a sus propios ortodoxos. Los católicos de la vieja tradición se van quedando solos y absortos, como los militantes comunistas de la época del "opio del pueblo" y del anticlericalismo. Nada es ya como era en un principio. Afortunadamente. Cada verdad es temporal y circunstancial.

Pero los antiguos mesianistas del catolicismo y del comunismo están desolados. No entienden que sus creencias —lo que les han enseñado, lo que les han repetido, lo que les han adoctrinado— no valga ni siquiera durante el espacio de una vida humana. En otros tiempos, un hombre podía nacer y morir con las mismas ideas y aplicarlas a su vida. Ahora somos todos víctimas del "recyclage", de la readaptación.

Muchos no lo pueden resistir.